



La reunión que tendrá lugar en Helsinki el 22 de noviembre es un acontecimiento político de primer orden. Las dos Europas (en la foto de la izquierda, ministros de países socialistas en el Pacto de Varsovia, y en la fotografía de la derecha, reunión del Mercado Común y AELE) se dan cita sin distinción de sistemas, pactos o grupos.

DEL «EQUILIBRIO DEL TERROR» AL «EQUILIBRIO DE LA PRUDENCIA»

HELSINKI, 22 DE NOVIEMBRE:

CITA DE LAS DOS EUROPAS

LOS ministros de Asuntos Exteriores de los treinta países del continente europeo —más los Estados Unidos— se van a reunir el 22 de noviembre en Helsinki. Es un acontecimiento político de primer orden, de los que se suelen calificar de históricos: por primera vez tratan de concertarse todos los países del continente, sin distinción de regímenes, sistemas, pactos o grupos. Es una reunión destinada a preparar la Conferencia de Seguridad Europea, prevista para 1973; en realidad, puede considerarse como un principio real de la Conferencia. Los ministros, ahora, deberán fijar las cuestiones de procedimiento, el orden del día, establecer las comisiones preparatorias y fijar la fecha en que comenzará la Conferencia en sí.

La idea de la Conferencia de Seguridad procede de la Unión Soviética y de los países comunistas. Formaba parte de la campaña de coexistencia pacífica y de la «aper-

tura hacia el Oeste» que se inició inmediatamente después de la muerte de Stalin. Iniciada la campaña por la URSS —con cartas de Krushev a los Jefes de gobierno europeos—, los países comunistas la acogieron y ensalzaron con un énfasis especial. Se atribuyó en occidente este movimiento a un concierto deliberado y dirigido, en el que cada democracia popular emitía el sonido que se le indicaba desde Moscú, pero la cuestión tenía un alcance mucho mayor. Las democracias populares entendían, y entienden aún, que un movimiento de reducción de las tensiones políticas y militares en Europa deberá rebajar la presión del Estado soviético como ellas mismas, al no considerarlas como parte esencial de su propia defensa. Y ciertos Gobiernos de Europa, ciertos movimientos políticos, tenían una sensación recíproca con respecto a Estados Unidos y a las bases mili-

tares y atómicas. Sin embargo, insistieron en que tal Conferencia no podría celebrarse sin la presencia real de Estados Unidos.

El país más receptivo para esta idea fue, evidentemente, Francia —la Francia del general De Gaulle—, aparte de los escandinavos, con tradicional vocación neutralista. Francia había reconocido ya en 1959 la frontera Oder-Neisse; Francia se había separado de la OTAN y había hecho retirar las bases de la OTAN y las tropas de los Estados Unidos de su territorio, y comenzaba una política estrictamente europeísta. De Gaulle proclamaba «la Europa de las patrias», frases que en el despertar nacionalista de los países comunistas de Europa sonaba con agrado. Fue el primer país occidental que elevó a rango de Embajada sus legaciones en países del Este —luego le seguiría Estados Unidos— y las visitas del general De Gaulle abrieron un ca-

mino importante. Pero el problema paneuropeo seguía pendiente de dos cuestiones intercomunicadas: la de Alemania —división, problema de Berlín, falta de entendimiento con los países de democracia popular— y del entendimiento global de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Se han producido simultáneamente. La llamada «apertura hacia el Este» de Willy Brandt, las firmas de tratados con la URSS y con los países fronterizos comunistas, ciertos arreglos de la cuestión de Berlín, han levantado la principal hipoteca que pesaba sobre el continente. Alemania Federal ha debido renunciar a su política de reunificación y buscar fórmulas de entendimiento con la República Democrática, que se están prosiguiendo y que deben culminar, por cierto, cuando las dos Alemaniase encuentren en la mesa de conferencias de Helsinki dentro de tres meses.